

## Los silencios de una historia

Salvador Rueda Smithers\*

Guillermo Turner, *Los silencios de una historia. El pasado castellano de Bernal Díaz “del Castillo” y el encubrimiento de su entorno familiar*, México, Secretaría de Cultura-INAH / El Tucán de Virginia, 2021

**E**ra el año de 1551, en la ciudad de Santiago de Guatemala. Un hombre maduro, vecino de esa ciudad y aficionado a leer, escribió al monarca español cierta petición hoy descuidada en los archivos, de las que debieron ser comunes entre los viejos conquistadores encomenderos que refrendaban méritos y privilegios. Recordaría al rey los

\* Museo Nacional de Historia-Castillo de Chapultepec, INAH.

trabajos y batallas que habían vivido cada uno de ellos poco más de treinta años atrás. No sabemos cuál sería su estado de ánimo en ese momento, ni si tendría dolencias de viejas heridas de guerra. Pero es posible imaginar que fue puntilloso en su mensaje, que antes de caer en las manos reales (si es que eso pasaba) sería atendido por los *procuradores*, intermediarios de confianza —como lo habían sido desde los primeros años del reinado de Carlos, según leemos en la segunda Carta de Relación de Cortés, de 1522, y en los papeles de los encomenderos indios que se multiplicaron en los treinta años que habían pasado desde la rendición de Tenochtitlan.

Nuestro hombre, Bernal Díaz, entonces un desconocido que vivía su hidalguía con honestidad en un rincón de la cristiandad, firmó el

mensaje, tal vez por primera vez, con su segundo apellido: “del Castillo”.

Un par de años más tarde, no sin un dejo amargo, leería el relato de Francisco López de Gómara sobre la conquista de México, en la que pareciera una hazaña personal del capitán Hernán Cortés. Los actos del resto de los conquistadores y de sus aliados indígenas aparecían sólo como telón de fondo de una narración que quiso ser la épica cristiana en tierras de gentiles. Más que inverosímil, esta historia le pareció injusta. Ello movió la pluma del veterano vecino de Guatemala, quien debió apelar a su memoria y a las notas que, posiblemente sin mucho orden, tendría a la mano; decidió escribir la *verdadera historia*. Tendría entonces cerca de 56 años y una lucidez que han movido al asombro a sus

lectores por cuatro siglos; asombro que no ha disminuido hasta hoy. También elaboró alguna copia (o tal vez un par) y veinte años más tarde, ante la orden de otro monarca, Felipe II, uno de esos manuscritos sería enviado a Madrid junto con otras muchas crónicas y documentos sobre el mundo indígena novohispano. Firmaría con ambos apellidos: *Díaz del Castillo*. Desde la primera edición de su obra, en 1632, preparada por el fraile mercedario Alonso Remón, el nombre completo del capitán Bernal Díaz del Castillo no comporta nada extraño; pero en realidad era una rareza.

De ella y su posible causa nos explica Guillermo Turner en este pequeño y delicioso libro: a lo largo de seis capítulos y un epílogo, la idea de un encubrimiento y su propósito desvelan a un Bernal Díaz del Castillo preocupado por la limpieza del mérito personal en el contexto de la historia general reciente de España. Los lectores de los estudios sobre Bernal Díaz —entre ellos los muy puntuales del mismo Guillermo Turner— tenemos el dibujo de su perfil biográfico, perfil aún difuso, pero con claros rasgos intelectuales. La falta de transparencia habría que cargarla al mismo Bernal Díaz. Apenas dejó unas líneas como viejo memorioso, armadas en un largo y pormenorizado relato con el que perseguía la verdad de la conquista como actor y testigo, pero que dice muy poco de su vida fuera de ese que ha sido un trasbordo de la historia: tan sólo que era originario de Medina del Campo, que muy joven emigró como oscu-

ro letrado a La Española y que se apuntó como recluta de Hernán Cortés en Cuba para explorar las costas de la Tierra Firme.

Este libro se mueve en el terreno de lo invisible. Turner ha buscado entre las ausencias, en los hiatos narrativos, en las entrelíneas y guiños que sugieren que detrás del enigmático cronista hay una biografía cuya solidez ha diluido el tiempo... y el mismo Bernal Díaz. En tal sentido, este libro se mueve entre las ausencias que deliberadamente sembró al “no escribirlas”. *Los silencios de una historia...* es un libro que relata la existencia de una realidad invisible más profunda que las que hasta ahora habían descubierto los estudiosos de las creencias religiosas y mentalidades españolas tardo medievales. El trabajo de Turner ofrece la explicación de un probable encubrimiento —más como veladura que como olvido forzado—: el de una mancha familiar, particularmente una mácula política que podría restar credibilidad al cronista como hombre leal.

Para ello consultó, además de las distintas ediciones de la *Historia verdadera de la conquista...*, los distintos textos que retratan a Bernal y su obra, desde las mistificantes ediciones primeras del siglo XVII, hasta aquellos modernos que han dudado que la pluma fuera suya, textos diversos de los acervos de las bibliotecas Nacionales de Francia y de España, así como la Nacional de México, la Nacional de Antropología y la Manuel Orozco y Berra de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

A lo largo de varios años —y que han resultado en media docena de libros y muchos artículos—, Turner ha hurgado más como arqueólogo del conocimiento y como filólogo que como historiador de hechos positivos, en la mente del cronista como lector de novelas de caballería, de geografías que hoy calificamos de fantásticas de gusto medieval —pero que tenían una buena dosis de verosimilitud al comenzar el siglo XVI.

Siguiendo la argumentación de Turner, es posible que cierta historia familiar —aquello que se ha llamado “intrahistoria”— causara resquemores en nuestro autor. Con su pluma, todos lo sabemos, desmentía a López de Gómara; pero con su toque marginal —al puntualizar su segundo apellido, que por cierto podría no corresponderle—, sin tener que decirlo, dejaba fuera un probable deshonor relacionado con otros hechos contemporáneos de Castilla y la construcción de España como nación, y de su Monarquía, como una de las más poderosas del mundo. Deshonor ajeno, hay que decirlo, pero que le era muy cercano. Genealógico, podría calificarse. Convence el entrecruzamiento que propone Turner: se tocaban, en el ejercicio de escribir la crónica, dos sucesos paralelos que dibujarían el destino de España y de lo que entonces comenzaría a llamarse América, las Indias de la Tierra Firme: la conquista de México Tenochtitlan que relataría Bernal Díaz del Castillo en primera persona y la revuelta de las comunas en la península, en la que estaría involucrado su padre, Francisco Díaz “el Galán”, regidor

de Medina del Campo, en Castilla la Vieja. Ambos hechos serían contemporáneos: entre 1520 y 1522.

Vayamos por partes. Explica Turner que Díaz del Castillo habla muy poco de él mismo y de sus antecedentes familiares, aunque se ha logrado saber que tuvo de joven cercanía con el pequeño grupo de literatos y de sus lectores y escuchas de Medina del Campo —destacadamente Garcí Rodríguez de Montalvo, compilador y editor de la versión literaria de *Amadís de Gaula* y de las *Sergas de Esplandían*, que el paso de los siglos han convertido en textos fundacionales de la literatura española—. También que su abuelo y su padre, Sancho Díaz y Francisco Díaz, fueron regidores de Medina del Campo entre los reinados de los Reyes Católicos y Carlos I. A manera de apunte marginal, se puede señalar que en la *Historia verdadera de la conquista...* hay dos menciones al *Amadís*: en el afamado capítulo 87 y en su reiteración de lo fantástico que atestiguaban los conquistadores de la cultura indígena en el 151. De esto ha dado cuenta Turner en los otros textos bernaldianos de su autoría, y en el “Epílogo” de este libro, que escarba en la raíz del tono epopéyico de muchos pasajes de la *Historia verdadera de la conquista...*

Existen algunos datos más precisos, que Turner indica a manera de ejemplos, de que varios hiatos no fueron casuales ni simples saltos en la memoria de Bernal Díaz. Por ejemplo, se sabe que los primeros meses de 1514 —o con un poco de mayor exactitud, antes del 11 de abril de ese año— quedó re-

gistrado como uno de los pasajeros de los 22 navíos que zarparon de Sanlúcar de Barrameda hacia las Indias Occidentales. Tres meses después llegaría a Santa María de Castillo del Oro en el Reino de Tierra Firme de ultramar.

Este libro de Turner nos aproxima a “los antecedentes y algunas características de Medina del Campo, villa cuya mención no aparece en la primera edición madrileña (1632) de la relación sino sólo en la del manuscrito de Guatemala —publicado posteriormente— y en el manuscrito ‘Alegría’, copia del anterior”. No deja de ser un extrañamiento notorio, toda vez que pocos años antes de estas ediciones —entre 1620 y 1625—, Lope de Vega habría escrito *El caballero de Olmedo*, teniendo a Medina del Campo como geografía creíble para el lance caballeresco de este hidalgo leal al rey, muerto en las fiestas de la Santa Cruz de mayo... La Medina del Campo de la infancia del soldado cronista, en el tránsito del siglo XV al XVI, sería una villa tranquila y bonancible, una “plaza financiera” como escribe Turner citando al historiador actual Joseph Pérez, quizás orgullosa de sus habitantes: hidalgos, pecheros, comerciantes y demás personajes políticamente dominantes en su gobierno municipal; era, se nos explica, una “villa realenga”; es decir, una “localidad autónoma, sometida directamente” a la Corona, “a diferencia de los señoríos y de las tierras de las órdenes religiosas”. En aquel entonces, Medina como Castilla serían el mundo en un pañuelo.

Pero en esta característica de autonomía vendría el quebranto,

cuando el rey Carlos partió a Aquisgrán a recibir el título y los símbolos de emperador del Sacro Imperio Romano que heredó de su abuelo Habsburgo, dejó un vacío aparente de poder. El costo de quien así lo interpretó fue muy alto. Asimismo, se explica que el puesto de regidor era vitalicio, y tanto el padre como el abuelo de Díaz del Castillo rigieron en general tranquilamente, aunque ambos vivirían episodios tormentosos como gobernantes locales: el abuelo sería acusado de asesinato —cargo del que sería absuelto pero sin que dejara de causarle dificultades personales—; y el padre quedó involucrado en la rebelión de las comunidades castellanas —arrastrado por la corriente desatada de este movimiento—, calificada como la primera revolución urbana de los tiempos modernos. Sancho Díaz no debió ser un hombre pasivo ni seguramente pacífico; muy posiblemente rijoso, lo que le daría el carácter de dirigente; distinto sería su hijo Francisco, padre de Bernal, quien debió ser un administrador correcto en tiempos difíciles... muy difíciles: casi le cuesta la vida en 1520 y sí hubo de pagar en términos del desprestigio local y ante los ojos de la Corte.

A larga distancia en espacio y tiempo —océano y cuatro décadas respectivamente—, el efecto fue el de una caja de resonancia. Y es que la principal dificultad en la hipótesis de Turner se estacionaría en una zona sensible e invisible: la conciencia, o mejor, la mala conciencia. Jugaría en la memoria remota del soldado cronista la del

recuerdo arraigado de la geografía natal, que lo llevó a escribir —dice Turner— su obra con ciertas peculiaridades, como la omisión —allí mismo y en otros documentos— de referencias amplias o precisas sobre su pasado familiar y personal y la alteración de un apellido familiar, datos que podrían llevar a sus lectores a descubrir varios inconvenientes de ese pasado”. Se refiere Turner a sus lectores contemporáneos de los documentos firmados por los regidores Díaz en el siglo XVI, porque para los actuales esas omisiones se volvieron lagunas insalvables. Continúa diciendo que en “ese oscurecimiento de la historia familiar, la noción de ‘fama’ juega un papel importante, de la misma manera que lo hace a lo largo de toda la obra perfilando la cosmovisión —imaginario o ‘mentalidad’— del autor”.

Y es que fue la idea renacentista de la fama lo que lo llevó a no mencionar detalles sobre su padre y abuelo —esto es, sobre su linaje— para no rascar en los sucesos españoles en los que se vieron envuelto uno y arrastrado el otro, que demeritarían su presencia ante el rey. Esa fama, la “vergüenza” como mecanismo inconsciente del héroe, fue lo que lo movió a escribir sobre las acciones memorables de sus compañeros de aventura y desventura ante el libro de Gómara, y estaría en el centro del sentido de su escritura de la *Historia verdadera de la conquista...*, conjetura Turner, como aperitivo de este ejercicio de interpretación. Fama y algo más que, sin embargo, en este libro de Turner se esconde como secreto más gravoso que los abusos que

estaban en el nervio de la guerra contra los mexicas. Se trata de la mancha política. Escribió Bernal: “Y como mis antepasados, mi padre y mi hermano, siempre fueron servidores de la Corona real, y de los Reyes Católicos d(on) Hernando y doña Isabel, de muy gloriosa memoria, quise parecer en algo a ellos participando en la conquista”.

El esfuerzo de Turner para encontrar este sentido en la ausencia, el peso simbólico del vacío, queda explicado con profusión al revisar las distintas ediciones de los diferentes manuscritos de Bernal Díaz y encontrar carencias discursivas, ausencias e inclusive algunas censuras —como la que señala de la conducta de Hernán Cortés y del fraile Bartolomé Olmedo en torno al oro y las sospechas de hurto—, que sin pudor recortó el mercedario Alonso Remón en su edición.

Así, pues, el enigma que procura este libro descansa en dos palabras, anunciadas desde el título: “del Castillo”, complemento del apellido de quien hasta poco antes de iniciar la escritura de su crónica era sólo Bernal Díaz. Explica Turner que al final del reinado de Carlos I comenzó a escribirlo: 1551. Tenía cerca de 55 años de edad. El misterio, o el sobresalto, que haría de su memoriosa obra un posible descalabro, está en la rara y no tan discreta veladura del nombre completo de su padre, pero buen cristiano y buen hijo, no ensombreció sus méritos: regidor leal de Medina del Campo, de la estirpe llamada de “don Castellano”, con trato directo ante los reyes católicos, sobre todo para lo-

grar prebendas para Medina del Campo —o para su élite pueblerina—. Otros estudios y documentos a los que acudió Turner indican que Sancho Díaz fue problemático; hacia el último tercio del siglo XV fue inhabilitado por un homicidio (aunque se le reinstaló poco después como “Regidor hidalgo”). La justicia o las rencillas locales le persiguieron, al grado que una década más tarde se sumó a esa acusación la de abusos de autoridad... La sentencia fue brutal pero inaplicada: “que le sea cortada la mano derecha y la pongan en la picota de la villa de Valladolid”.

Pero ¿sería ésa la mancha? Turner se inclina —y nos convence de ello— por pensar que habiendo pasado casi sesenta años de la muerte de su abuelo Sancho para comenzar a usar el apellido “*del Castillo*”, el peso del pecado del regidor Sancho Díaz se había diluido con el paso de las generaciones. Así que otro suceso, más reciente y políticamente de mayor trascendencia, pudo ser determinante: cuando a su padre se le atravesó la historia —en el momento mismo en que Bernal Díaz apostaba por la aventura de las armas a que invitó Hernán Cortés—. Francisco Díaz participó en la revuelta de los comuneros. Una buena explicación sintética ofrece este libro. Baste decir que todo indicaría que Francisco Díaz fue obligado a seguir las decisiones de los comuneros, en 1520. De cualquier manera, el 22 de agosto de ese año, la villa de Medina del Campo fue incendiada por los soldados realistas. Un mes antes, entre el 30 de junio y 1º de julio, en el otro continente,

Bernal Díaz apenas pudo salvar la vida en la llamada Noche Triste, cuando habiendo dado muerte a Moctezuma, los expedicionarios españoles y sus aliados indígenas huyeron derrotados.

Regresemos a la preocupación silenciada por Bernal Díaz. Un año después, en abril de 1521, los comuneros fueron vencidos. Como sabemos, al regreso de Carlos a España ya como emperador, fueron condenados y ejecutados los dirigentes rebeldes. En Valladolid, el monarca emitió un *Perdón General* que exceptuaba a casi 300 señalados (entre ellos varios regidores, frailes y aristócratas locales) del indulto. Uno de los no perdonados fue Francisco Díaz, “el Galán”. Comenzaría lo que es de suponerse un exasperante tiempo de zozobras, de alegatos, de acusaciones y defensas, de ofensas y amenazas de venganza de todos aquéllos a los que los comuneros afectaron en vidas y propiedades. El instinto de sobrevivencia lo haría colaborar con los rebeldes. Muy posiblemente fue obligado a formar parte de la Junta Gubernativa Comunal, como procurador —según consta documentalmente.

El 22 de agosto de 1522, el Consejo Real habría condenado a la horca y su cuerpo infamado al ser arrastrado y descuartizado. No se cumplió el castigo, pero es de suponer que los habitantes de Medina intercedieron en su favor —y pagaron costos y multas a la Corona—. Turner deja entrever que no todos apoyarían a los Díaz regidores, que tendrían cuentas abiertas desde 1487 —con el pendenciero Sancho— y hasta la muerte de Francisco Díaz en 1558.

Escribió V.S. Naipaul que, en lo que toca a las infidencias, España tenía larga memoria. Así que seis años después de que Bernal Díaz comenzara a escribir su *Historia verdadera de la conquista...*, podría seguir viva la afrenta comu-nera de 1520 contra el monarca, apenas misericordioso cuando se trataba de la aplicación de la justicia. No está demás repetir que estos hechos, pesados en la economía del prestigio hispano renacentista, transcurrieron y sedimentaron en la conciencia del soldado cronista tanto como debieron atormentar y desprestigiar al regidor su padre.

Quisiera terminar la invitación a la lectura de este libro de los si-

lencios de Bernal Díaz buscados por Guillermo Turner, con la atadura de dos sucesos que en la tercera década de siglo XVI se inscribieron en la historia de España, pero que por sus alcances se ramificaron en la historia del mundo: fueron los años del final del universo indígena autónomo, por un lado, y el de la primera y trunca revolución urbana comunal, por el otro. Sus efectos dieron perfil a la historia política del último medio milenio: consolidó una Monarquía que estructuraría a España como nación, y daría pie a los actos de los gobernantes al separar la conducta política de la moral, esto es, construyó lo que hemos llamado hasta hoy “razón de Estado”.

Es por eso que, con este texto de Turner, nos aproximamos a lo que no sin temor intuimos: individuos que flotan en un mar tempestuoso del ejercicio del poder. Y el silencio de Bernal Díaz se explica, pues, como escudo defensor contra el voluntarismo político de la razón de Estado. Aunque, finalmente, para usar las mejores palabras de Pascal Quignard: “no somos más que lo que queda en el cedazo de la memoria, *pequeños charcos de tiempo derramado*”.